



## VITA CHRISTI

### 6. CONCLUSIÓN<sup>1</sup>

#### DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

Después de la vida de Cristo y de estas cuatro postrimerías, es utilísima la meditación de los beneficios divinos, así para incitarnos a amar a quien tanto bien nos hizo, como para entender la obligación que tenemos a su servicio. Y es bien tener muchas cosas en que meditar, para que con la variedad de ellas tengamos con qué encender más nuestro corazón, y excusar el hastío que aquí podría intervenir.

Y aunque los beneficios divinos sean innumerables, todos ellos pueden reducirse a estos ocho más principales, a saber: al beneficio de la creación, conservación, redención, cristiandad, llamamiento, sacramentos, inspiraciones divinas y beneficios particulares y ocultos.

Pues en cuanto al primer beneficio de la *creación*, considera cómo antes que Dios te crease, eras nada, y de esa nada te hizo el Señor, no piedra, ni palo, ni serpiente, sino hombre, que es una nobilísima criatura, dándote ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa ánima con todas esas nobilísimas potencias que tiene para conocer a Dios y ser capaz del sumo bien.

En cuanto al segundo, de la *conservación*, mira cómo el mismo Señor que te creó y te sacó de «no ser» a «ser», Ése mismo te conserva en ese ser, de tal manera, que lo que una vez te dio, siempre te lo está dando y conservando. Y mira cómo para este efecto creó toda esta tan gran máquina del mundo con todas cuantas cosas hay en él. De las cuales, unas sirven para mantenerte, otras para curarte, otras para enseñarte, otras para regalarte y otras también para castigarte, porque de todo es razón que haya en la casa de un buen padre.

En cuanto al tercero, de la *redención*, ya has visto todos los pasos que este Señor dio por ti, y lo mucho que te dio, y lo mucho que le costó, y lo mucho más que te amó, por donde verás el amor y las gracias que por todo esto le debes. Y para sentir

<sup>1</sup> Publicado en *Vida Sobrenatural*, 92 (2012) 307-316.

Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 401-408. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.





## Textos de espiritualidad dominicana

más la grandeza de este beneficio y del pasado, imagina que a ti sólo fueron hechos estos dos grandes beneficios, pues aunque hayan sido hechos para todos, no menos sirven para ti que si para ti sólo fueran hechos. Porque no menos gozas tú de todas las cosas de este mundo y de todos los sacrificios de Cristo, que si para ti sólo fuera hecho todo.

En cuanto al cuarto, que es de la *cristiandad*, mira lo que le debes por haberte hecho cristiano, y nacido en tierra de cristianos, pues tanta es la muchedumbre de hombres que hay por esos mares y mundos que nacen y mueren paganos. Pues ¿qué fuera de ti, si fueras uno de esos? Y ¿qué debes a quien hizo que no lo fueses?...

En cuanto al quinto beneficio, que es del *llamamiento* –si por ventura te ha Dios llamado, sacándote del pecado–, mira lo que le debes por este beneficio, considerando cuánto tiempo te esperó, cuántos pecados te sufrió, cuántas inspiraciones te envió, y cuán benignamente te recibió y qué sería de ti si te tomara la muerte estando en pecado, como a muchos otros tomó, teniendo en cuenta que nadie puede saber de cierto si está fuera de él.

En cuanto al sexto, que es de los *sacramentos*, mira lo que le debes por el remedio que te dejó en los sacramentos de su Iglesia, y señaladamente en el sacramento del Altar, donde se te da Él mismo en mantenimiento y en remedio. Donde puedes considerar todos los favores y espirituales consolaciones que por medio de este venerable sacramento, habrás en este mundo recibido, y lo que por todo esto le debes.

En cuanto al séptimo, de las *inspiraciones divinas*, mira lo que debes a este Señor, porque continuamente te está siempre llamando y despertando a bien obrar. Porque todos cuantos pasos buenos das, todos cuantos deseos, propósitos, pensamientos, movimientos y sentimientos buenos tienes, todos son beneficios e inspiraciones tuyas y obras de esta especial providencia que tiene de ti. Pues, ¿con qué le podrás pagar tan grande deuda?

En cuanto al octavo, que son los *beneficios particulares y ocultos*, aquí tienes que considerar todas las particulares mercedes así espirituales como temporales que Dios te ha hecho, y todas las preservaciones de males así espirituales como temporales de que te habrá librado sin que tú por ventura lo hayas sentido. En esta cuenta entran todos los males de pena o de culpa que padecen todos los otros hombres, los cuales tú también pudieras padecer. Ves aquel ciego, el otro tullido, el otro perniquebrado, el otro sacrílego, o blasfemo, o amancebado. ¿Quién quita que no pudieras tú también estar así? Pues ¿qué dieras –si así lo vieras– a quien te librara de esos males? Adora, pues, ama y sirve al Señor, porque Él fue el que de todos esos males te preservó, pues no es menos preservar del mal para que no venga, que curarlo después de venido.





## Textos de espiritualidad dominicana

Por aquí, pues, verás lo que debes a Dios por cada uno de sus beneficios, y por ellos mismos verás cuántas veces es Dios tu Padre, pues está claro que es Padre porque te crió, y Padre porque te conserva en ese ser que te dio, y Padre porque te redimió, y Padre porque en la cruz con tantos dolores te reengendró, y Padre porque en el santo Bautismo te adoptó por hijo, y Padre porque, después de perdido por el pecado este título, lo volvió a renovar con el beneficio del llamamiento. Pues si tanto debes y quieres al que una sola vez fue tu padre, ¡cuánto más debes al que tantas veces te ha sido Padre por tan excelentes maneras! ¡Cuánto más le debes querer, y servir, y obedecer y confiar en Él, y recurrir a Él en todas tus necesidades como a verdadero Padre!

Y para entender mejor la grandeza de estos beneficios divinos, hace mucho al caso considerar cada beneficio con las circunstancias que tiene, que son: quién lo da, a quién se da, por qué causa y en qué manera se da. En cuanto a lo primero, mira cuán grande sea el que te hace estos beneficios, que es Dios. Considera la grandeza de su omnipotencia, la cual declara toda la máquina de este mundo, con todo el conjunto de criaturas que hay en él. Considera también la grandeza de su sabiduría, la cual se conoce por el orden, concierto y providencia maravillosa que hay todas ellas. Porque, si consideras esto, no digo yo tan grandes beneficios, sino una manzana que te enviara este tan grande Rey y Señor, había de ser muy estimada por la dignidad de quien la da.

Y no menos crece la grandeza del beneficio con la otra circunstancia, que es comparando la vileza del que lo recite, con la excelencia del que lo da. Por lo cual decía David: «*Señor, quién es el hombre para que Tú te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que Tú le visites?*» (Sal 8,5). Porque si todo este mundo apenas es una hormiga delante la majestad de Dios, ¿qué será el hombre, que tan pequeña parte es de este mundo? Pues, ¿cómo no será grande misericordia y maravilla que un tan alto y tan soberano Señor tenga tan especial cuidado de hacer tan grandes bienes a tan pequeña hormiguita?

Pues ¿qué será si consideras la causa del beneficio? Claro está que nadie hace bien ni da un paso sin esperar o pretender algún interés. Sólo este Señor nos hace todos estos bienes sin pretender ni esperar de nosotros cosa que redunde en provecho suyo. De manera que todo lo que hace, puramente lo hace de gracia, por sola bondad y amor. Si no, dime, si eres predestinado, ¿qué otra causa te predestinó, y después te crió, y te redimió y te hizo cristiano, y te llama a su servicio? ¿Qué causa pudo haber aquí para tan grandes beneficios, sino sola bondad y amor?

Ni hace menos para esto considerar el modo y manera con que nos hace todos estos bienes, que es el corazón y voluntad con que los hace. Porque todo cuanto bien nos ha hecho a lo largo del tiempo desde *ad aeterno*, nos lo determinó de hacer y, así, desde *ad aeterno*, con perpetua y grandísima caridad nos amó, y por esta caridad y





amor que nos tuvo, se determinó a hacernos todos estos bienes y tener tan especial cuidado de nuestra salud. En la cual se ocupa con tanta providencia y recaudo, como si desocupado de todos los otros quehaceres, no tuviera otro en que ocuparse sino en la salud sola de cada uno.

Aquí, pues, tiene el ánima devota en qué rumiar –como animal limpio– noche y día, donde hallará pasto abundantísimo y suavísimo para toda la vida.

### **DE LA MANERA QUE SE HA DE TENER EN LA MEDITACIÓN DE TODAS LAS COSAS SUSODICHAS**

Habiendo hablado ya de la materia de la meditación –que es todo lo que hasta aquí se ha tratado– diremos ahora brevemente de la manera y forma que en este santo ejercicio se ha de tener.

Para lo cual debe el hombre primeramente buscar cada día tiempo conveniente, según la condición de su estado y de su vida, aunque el mejor tiempo de todos es el de la media noche o el de la madrugada. El lugar también ayuda para esto: cuando es oscuro y solitario, para que así esté el corazón mas recogido, no teniendo en qué derramarse los sentidos.

Puesto el hombre en este lugar, y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su ánima a considerar qué es lo que quiere hacer, que es tratar de Dios o tratar con Dios, para recibir el Espíritu y gracia del mismo Dios. Y viendo cuán inhábil es él de su parte para tan gran negocio, pida a aquel dador de todos los bienes que recoja su corazón y lo guíe, y enseñe en este camino. Y para esto puede rezar algunas oraciones vocales o salmos al principio del recogimiento –como más arriba se dijo– para comenzar a encender su corazón con el fuego de las palabras divinas.

Luego puede tomar para cada día un paso, o dos, o tres, de la vida de Cristo para el tiempo de su ejercicio, y hacer cuenta que allí donde él está se celebra y trata este misterio como se trató en su propio lugar. El cual oficio pertenece a la imaginación, que sabe figurar y representar todas estas cosas como pasaron y como las dibujaría un pintor.

Mire, pues, al Señor en tal paso: lo que hace, o lo que padece, y mucho más el corazón con que lo padece. De manera que no sólo ha de mirar a Cristo por fuera, sino mucho más lo que está encerrado en su ánima, que es la caridad, y la humildad, y la benignidad, y mansedumbre con que hace todo lo que hace.





## Textos de espiritualidad dominicana

Y en cada uno de estos pasos podemos considerar aquellas mismas cinco cosas que señalamos en cada uno de los beneficios divinos, a saber: lo que se padece, quién lo padece, por quién lo padece, por qué causa lo padece y de qué manera lo padece, que es con aquel corazón y con todas aquellas virtudes que dijimos. Porque cada una de estas circunstancias declara mucho la grandeza del quehacer y del beneficio. Y no hay necesidad de pensar cada vez todas estas cosas juntas, sino unas veces puede el hombre detenerse en una circunstancia de éstas, y otras en otra, según que el Espíritu Santo le moviere.

Debe también tener aquí cuidado, cuando en esto piensa, en enderezar su atención a aquellas cuatro cosas que arriba dijimos, que son: a la compasión por los sacrificios de Cristo, a la imitación de sus virtudes, al aborrecimiento del pecado y al conocimiento de la bondad y caridad inmensa de Dios, que resplandece en estos misterios, para movernos a amar a quien tan amable aquí se nos mostró.

Mas cuando el hombre se ocupe de esto, no debe trabajar demasiado por exprimir a fuerza de brazos las lágrimas y la devoción –como hacen algunos– sino con un corazón humilde y atento –no caído, ni tibio, ni flojo– se presente a nuestro Señor, haciendo lo que es de su parte, porque el Señor hará lo que es de la suya. Y cuando ningún otro fruto de aquí sacare sino sequedad de corazón, conténtese con haber allí acompañado y hecho presencia al Salvador, y peleado con el desasosiego de su corazón, porque no carece esto de fruto, y grande fruto.

Ni debe desistir luego de su santo ejercicio si a las primeras azadonadas no saca agua, porque muchas veces se da al fin al que fiel y humildemente persevera, lo que se niega a los principios, y aquí está la clave de este quehacer.

Por tanto, sacrificate y persevera e insiste, porque tales son las mercedes que aquí el Señor suele hacer a veces, de tal forma que muchos años de sacrificio que se pasasen por ellas, serían muy bien empleados.

Verdad es que una de las principales causas de esta sequedad o demora de esta gracia es traer el corazón muy ocupado en asuntos exteriores y extraños, por donde con dificultad y tarde se viene a tomar de las cosas de Dios. Por esto conviene mucho traerlo cuanto sea posible siempre ocupado en sus cosas, porque andando siempre caliente y devoto con esta memoria, fácilmente se levanta a Dios, cuando lo queremos levantar.

Para lo cual señaladamente ayudan dos cosas: la primera: lectura ordinaria de libros espirituales y devotos, la cual trae el corazón ocupado en aquello de que anda lleno; y la segunda y mucho más principal: trabajar todo lo posible por andar siempre en la presencia de Dios y nunca perderlo de vista, o a lo menos levantar muchas veces entre día y noche el corazón a Él con algunas breves oraciones, tomando ocasión de





## Textos de espiritualidad dominicana

las mismas cosas que vemos o que tratamos, y así debe el hombre tener su manera de oraciones y reflexiones preparadas para cuando se acuesta, y para cuando se levanta, y para cuando ha de comer, o hablar, o negociar, para cuando es tentado, para cuando oye el reloj dar la hora, para cuando ve los campos floridos y el cielo estrellado, o cuando ve algunos males corporales o espirituales de prójimos: para que todo le sea motivo de levantar el corazón a Dios, y así pueda conservar siempre en él con estos tizones el fuego de la devoción.

Porque así como en la leña seca se enciende rápido la llama, así también se enciende la devoción en el corazón que anda siempre caliente con el uso de la continua oración, y lectura, y meditación de las cosas de Dios.

Acabada la meditación en la manera que dicho es, puede el hombre acabar su ejercicio con dar gracias al Señor por aquel paso que ha meditado, y por todos los otros beneficios divinos, y luego ofrecer aquel misterio al eterno Padre y, con él, así mismo y todas sus obras, y luego pedir mercedes por esta tan rica ofrenda que le ofreció, que fueron los sacrificios de su unigénito Hijo.

Y lo que debe cada uno pedir es lo que su necesidad le enseñare que ha menester, porque éste es el mejor maestro de la oración. Por donde parece que pueden intervenir en este santo ejercicio cinco partes principales, a saber: preparación, meditación, acción de gracias, ofrecimiento y petición, no porque todo esto sea siempre necesario, sino para que tenga el hombre materia copiosa en que ocupar su corazón, y así tenga también más estímulos e incentivos de devoción, porque lo que no se halla en una parte, a veces se halla en otra.

Y después de acabado todo este glorioso itinerario de la vida de Cristo, y recorridas todas estas estaciones, con todo lo demás que se sigue después de éstas, debe tornar –como el sol después de recorridos los doce signos del cielo– a andar por esta misma rueda, porque no menor fruto consiguen las ánimas de este espiritual movimiento, que del sol se consigue en el mundo. De manera que mientras durare al hombre la vida, siempre ande por estos pasos de la vida de Cristo, aunque no debe por eso tener cerrada la puerta cuando el Señor le llamare a otra cosa con que su devoción sea más ayudada.

FRAY LUIS DE GRANADA

